por una voraz melancolía, en 4 de diciembre de 1798. El gobierno en aquellos últimos momentos le dió una prueba de que sabia apreciar el genio, pues decretó que, á pesar de su obstinacion en seguir las ideas políticas que siempre habia tenido, fuese repuesto en su cátedra. Los trabajos de este hombre ilustre fueron poco numerosos, pero suficientes para inmortalizar su nombre, y están consignados en las Memorias del Instituto de Ciencias de Bolonia. Hé aquí los títulos de sus obras: *De renibus atque ureteribus volatilium.—De volatilium aure.—De viribus electricitatis*, libro reimpreso aparte de las citadas Memorias, y que está en el tomo VII de las mismas. Este último tratado no consta mas que de 55 páginas; pero el descubrimiento hecho por él y consignado y esplicado claramente en tan breve espacio, llevará su nombre á la mas remota posteridad. El descubrimiento á que aludimos es el singular fenómeno llamado *Galvanismo*, y que causó grande admiracion en todos los sábios. El ilustre J. L. Alibert hizo un grande elogio de Galvani por su descubrimiento, en la introduccion al tomo 4.° de las Memorias de la Sociedad Médica de Emulacion.

GALVEZ DE MONTALTO (Luis). Nació en la ciudad de Guadalajara, en noviembre de 1549. Siguió en la universidad de Alcalá las carreras de teología y leyes, y en la misma recibió los grados de doctor en una y otra. Su amor á las bellas letras, y especialmente á la poesía, se desarrolló en 1575, con motivo de un viaje que hizo á Italia. Allí, el frecuente trato con hombres ilustrados, y la lectura de buenos autores, perfeccionaron su gusto. Se ensayó en la poesía, descubriendo á medida que trabajaba, que tenia disposiciones escelentes y particulares para este género de literatura. Así es que, á poco tiempo de regresar á España, publicó el *Pastor de Fílida*, que habia empezado en Nápoles. Varios escritores se han ocupado de este precioso libro, y todos con grande elogio. En efecto, se advierten en él una imaginacion fecunda, sentimientos delicados, pureza y elegancia de estilo. Esta obra está escrita en prosa, y amenizada con algunos versos armoniosos y llenos de imágenes que encantan. Siguió á ella el poema, en ocho cantos, titulado: *Las lágrimas de San Pedro*. El gran Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*, habla muy ventajosamente de nuestro compatriota; Miguel de Cervantes no le hace menos honor, cuando en el Quijote, en el capítulo en que el cura arroja al fuego varios libros, separa y guarda con los buenos el *Pastor de Fílida* y *Las lágrimas de San Pedro*. Pero ni su mérito, ni las alabanzas de sus contemporáneos, le alcanzaron favor alguno en la corte; y hallándose ya en los cuarenta años de su edad, renunció á las musas y á la abogacía, y se hizo religioso de la órden de San Gerónimo. A poco de profesar, pasó á Sicilia y murió en Palermo en 1610. Parece que hay una traduccion suya de la *Jerusalen* del Tasso, en octavas reales. No la conocemos.

GALLARDO (Don Bartolomé José). Nació en Campanario, pueblo de Estremadura, el año de 1777, debiendo su orígen á don Juan y doña Ana, descendientes de los Gallardos de Sevilla y labradores bien acomodados. Estos, habiendo descubierto en su hijo desde un principio las mejores disposiciones para el estudio, le dedicaron á las letras en su mismo pueblo, donde aprendió las primeras y el latin, pasando luego á Salamanca á cursar la filosofía, cuando apenas contaba catorce años. Entonces, su madre (ya viuda) manifestó deseos de que el jóven Bartolomé abrazase la carrera eclesiástica; á lo que, negándose desde un principio el escolar, no quiso acceder nunca, ni aun cuando se le privó de sus asistencias para mas obligarle. Fué, pues, preciso, dejar á su albedrío el elegir la carrera que mas le acomodase, aun

Biblioteca Nacional de España

la carrera que mas le acomodase, aun acertado con la que mas nombradía ni mas provecho pudiera producirle. Es decir, que se aplicó al estudio de las bellas letras y al de la filosofía, aficionándose mas tarde al de la anatomía, que leyó en la obra de Viuslou, y adquiriendo por último un tesoro de erudicion en diferentes bibliotecas. Se habia hecho ya notar Gallardo por la estension de sus conocimientos y por la travesura de su ingenio, cuando se le nombró aposentador de una division de tropas republicanas francesas, que venian de Portugal, y se le dió una comision importante que desempeñó á satisfaccion de españoles y franceses. Pero el trato frecuente con dichas tropas, así como el íntimo que tuvo luego en Bayona con el abate Aleu y otros españoles, perseguidos por sus opiniones ó, mas bien, por la inquisicion, le hicieron avanzar estraordinariamente en el campo de las ideas, hasta el estremo de que cuando regresó á Salamanca, venia hecho ya un completo enciclopedista. Y no hay que suponer por esto que perdió la aficion, como otros tantos mal llamados eruditos, á la lectura y al estudio de las buenas obras de su pais; antes por el contrario, convencido de que habia mucho y muy bueno en España, la mayor parte desconocido, se dedicó con incesante afan, de nuevo, á rebuscar libros antiguos de autores clásicos; en cuya ocupacion y en sacar de ellos preciosísimos apuntes, puede decirse que ocupó todos los dias de su dilatada existencia. Tuvo tambien en su juventud algunos pasatiempos literarios: tales nos parecen sus amores con una dama, que espresaba en bellísimos versos (á *Silvia*), y sus artículos del *Soplon del diarista de Salamanca*, que cesaron con la publicacion de aquel periódico. En 1805, deseando ver la corte, y con ánimo ademas de hacer oposicion á una plaza vacante de maestro de pajes del rey, se trasladó á Madrid: en cuyo punto, no solo obtuvo la cátedra de frances que pretendia, mas tambien la de ideología y lógica á que se le ascendió por la junta directiva, luego que se apercibió esta de sus profundos conocimientos filosóficos. Ocurrió despues la malhadada invasion francesa, y Gallardo, como todos los buenos españoles, fué espulsado de su destino; viéndose en la precision de regresar á su pais por falta de otros medios de subsistencia. Despues de la revolucion de mayo se trasladó á Sevilla, en donde hizo conocimiento con el leal conde de Montijo, y le sirvió de secretario y de íntimo amigo. Por esta causa sufrió persecuciones de la regencia, como patriota, y como ocultador presunto de documentos de dicho Montijo. A muy poco se instalaron las cortes españolas, siendo nombrado Gallardo bibliotecario de ellas. Por este tiempo publicó don Bartolomé su famosa *Apología de los palos*, que dió á conocer é hizo justamente célebre por el chiste y travesura al licenciado Palomeque. Luego capitaneados los serviles por el padre Alvarado, presentaron batalla á los *liberales*, con un libro inmoral, inmundo y traidoramente descarado, bautizándole con el dictado de *Diccionario razonado*. En esta produccion se atacaba la gloriosa marcha de la nacion, se anatematizaban las ideas nuevas, se criticaban las Cortes, y se hacia completa rechifla del partido liberal. Todos los diputados se quejaban, lo sentia el virtuosísimo Muñoz Torrero, habia tomado la pluma el sábio Villanueva, y alentado Gallardo, y aun comprometido por un amigo, escribió el *Diccionario crítico burlesco*, que tantos desengaños y persecuciones le habia de valer, aun de los titulados liberales. Fué, pues, preso, encarcelado y perseguido y publicó su *Contestacion ó defensa*, libro de un mérito indisputable, que le valió la libertad y el poder seguir en su empleo de bibliotecario de las Cortes, á despecho de los serviles y de los afrancesados hasta la caida del sistema constitucional. Comprometido Gallardo, como el que mas por sus opiniones políticas, emigró á Inglaterra, al regre-

Biblioteca Nacional de España

so de Fernando, y allí permaneció en compañía de Calatrava, Florez Estrada, Puig-Blanc, los Villanuevas y otros liberales, hasta el restablecimiento de la Constitucion en 1820, en que volvió á ocupar su destino de bibliotecario de las Cortes. En esta época, el abate Miñano publicó el folleto *Semblanzas de los diputados*, que se atribuyó á Gallardo y este desmintió en otro titulado *Carta blanca contra el negro folleto*, etc., donde no solo se sinceró, pero acabó con el encubierto abate. En toda la época constitucional se distinguió Gallardo por sus ideas liberales y atrevimiento en profesarlas, y tambien por sus amores con una dama distinguida, á quien el periódico *El Zurriago* sacó en berlina, y Gallardo como buen paladin la defendió caballerescamente y con toda finura en un folleto *(Al Zurriago zurribanda)*. Cayó el sistema constitucional en el negro año de 1823, y cayó tambien Gallardo, no solo como hombre, sino como escritor, pues su equipaje y papeles fueron pasto de los peces del Guadalquivir de Sevilla el dia de San Antonio; dia de terrible memoria para los liberales, y de gratísimos recuerdos para los serviles. Tanto desconcertó á Gallardo la pérdida de sus papeles, que no quiso emigrar, y se resignó á sufrir las persecuciones que le esperaban por sus opiniones, como las sufrió con animo bravío é indomable, lo mismo en Chiclana que en Sevilla, lo propio en Castro del Rio que en la imperial Toledo, siempre con altivo ceño, con estóica firmeza. Vuelve la aurora liberal el año de 1834, y aparece de nuevo don Bartolomé como bibliotecario, y en el año de 1838 como diputado; entonces «que casi se caia la casa y no habia energía para acometer» como decia él con chiste, y así continuó hasta la supresion del bibliotecario, es decir del cargo; porque no pudiendo matar honestamente al hombre se mató al cargo; y despues de tantos años los titulados liberales vengaron las ofensas inferidas á los serviles, satisficieron los deseos de los fanáticos. Desde aquella época Gallardo se retiró de la política y marchó á Toledo, á su Alberguilla, dehesa de bienes nacionales que habia comprado, y desde la cual hacia de cuando en cuando algunos viajes á Andalucía, á Valladolid y á la corte en busca de libros, empleando todo su dinero en esto y en vivir la vida dulce y apacible del campo. Su pasion favorita por los libros españoles le llevó en 1852 á Valencia, á donde creia ver y comprar documentos curiosos, y especialmente la riquísima biblioteca de Salvá, sin rival en España y quizá en Europa, llegando en efecto á aquella capital el 14 de julio de dicho año. En la ciudad del Cid trató al señor don Pedro Salvá, á don Estanislao de Kosca Bayo, al señor Fernandez, al señor Fuster y otros literatos, con quienes conversó y vió lo mas precioso que en documentos encierra Valencia, valiéndose de la amistad de don Vicente Boix para tomar nota de cosas importantes en los archivos de la misma. Durante su permanencia en este punto estaba cerrada la biblioteca de la Universidad, y aunque el señor Melendez, sábio sacerdote, tuvo la complacencia de enseñársela, no pudo disponer del tiempo para hacer apuntaciones, teniendo que aprovecharse de la generosidad de don Pedro Salvá y de la del señor Boix, que le permitieron hacer algunas cédulas literarias. En este estado y habiendo tenido que ausentarse su buen amigo don Leon Sanchez Quintanar, sábio catedrático de patología esterna, y siéndole preciso á su íntimo amigo don Ildefonso Martinez, doctor de los baños de Bellus, el ir á cumplir con su destino, manifestó Gallardo deseos de ver la ciudad de Játiva, é hizo el viaje con este último, permaneciendo nueve dias en Bellus, y pasando luego á visitar á don Juan Carbonell á Alcoy, tanto por dar una prueba de amistad á este caballero, como por visitar la ciudad. El dia 9 de setiembre por la noche llegó á Alcoy, el 10 vió la

Biblioteca Nacional de España

ciudad, el 11 comió con el señor Carbonell, y ya por la noche se sintió malo, en términos, que atacado de una intermitente perniciosa cerebral, espiró el 14 de setiembre á las 6 y 10 minutos de la tarde de 1852. La historia de sus últimos momentos es curiosa, pero no del caso. Ahora bien; no dejarémos de insertar aquí algunos apuntes sobre el carácter y varias particularidades de don José Bartolomé Gallardo, que nos ha remitido cierto distinguido caballero, íntimo amigo de aquel, y uno de los muy pocos hombres, con quienes el famoso literato tuvo sus mas estrechas confidencias. Lo que aquí se dice, está enteramente conforme con cuanto nosotros teniamos ya aprendido, del trato amistoso que sostuvimos con Gallardo en sus últimos años, y contribuye mucho á descubrir el por qué no le querian muchos famosos políticos y literatos, y él tampoco los tenia muy buena voluntad. Es así: « Su carácter era duro, indomable y enérgico hasta la tenacidad. Fué consecuente en sus principios políticos y filosóficos, porque estos eran producto de convicciones y reflexiones profundas, de estudios detenidos, que unidos á su carácter natural, formaron el fondo austero y de severidad catoniana en sus resultados, esto es, en su crítica. Cualquiera que reflexione, en vista de estos datos, no se admirará del carácter de virulencia, de desapiadada crítica, en que rebosan los escritos de Gallardo, porque esto era debido, de una parte á su genial, y de otra á las persecuciones que vinieron pesando sobre él desde sus primeros pasos en la república literaria. A mas de esto, si se reflexiona que entregado por una larga série de años á estudios profundos, acerca de todos los ramos del saber humano, si se atiende á que debia á su estudio tanto como á su naturaleza, bien se le podrá disculpar su inexorable crítica, su fina sátira, y la especie de orgullo con que combatia las faltas de sus adversarios. Buena prueba de esto es el folleto de las *Letras de cambio*, en que tan mal parados dejó á Burgos, á Hermosilla y al abate Lista, y tambien puede verse como muestra de su superioridad el *Criticon*, en que impugna al señor Jimenez Paton. Respecto de su energía en política, de su entusiasmo por la primera época de la revolucion española, así como de sus odios contra los pro-hombres del partido liberal, á quienes apellidó *santones*, no es de estrañar, atendido á que Gallardo conocia su vida íntima, sus cábalas políticas, y sus reprobados manejos, de los cuales habia sido frecuentemente víctima; por tanto, pues, si hablaba y motejaba con harta frecuencia su conducta, si los calificaba mas ó menos duramente, preciso es confesar, que la mayor parte de las veces era con justicia. Algo, pues, debe concederse al hombre calumniado y perseguido, algo á la persona blanco de injustos ultrajes, desde que luchó con dos clases de enemigos igualmente temibles, es decir, los *fariseos políticos y los príncipes de los sacerdotes*. Ellos, sus enemigos, unos y otros, eclesiásticos y seglares, ya que conocian su moralidad y desinteres, ya que no pudieron halagar su corazon, vencer su inteligencia, ni comprar su pluma, tomaron el empeño de calumniarle, y como no podian decir que robase dinero, quien siempre le habia despreciado, se valieron de su manía por los libros, de su ceguedad por adquirirlos, de su *libropesía*, para decir que robaba libros, y que por eso sabia mas, mucho mas que otros, mientras de otra parte se procuraba pintarle como conocedor de portadas y no de profundos conocimientos, como hombre erudito, memorioso, pero no de ingenio: cuando la *Apología de los palos*, las *Letras de cambio* y los *Criticones*, le ponen como el primero y mas chistoso de nuestros autores prosistas modernos. Pero dejemos algo á la envidia, que sin ella no valdria Gallardo lo que valdrá andando el tiempo y perdidas las pasiones ruines que ofuscan la verdad del justo criterio.

Biblioteca Nacional de España

Gallardo era frugalísimo; se mantenia con pocas onzas de alimento, es á saber: un vaso de leche por la mañana, un cocidito al medio dia, y un vaso de té con leche ó chocolate á la noche, sin que en estas tres comidas llegase á consumir un panecillo. Su vestir era modesto, y aun raro, un pantalon de la estacion, una chaquetita de terciopelo en verano, una zamarra de felpa en invierno, su capotita y un sombrero calañes á la cordobesa, ribeteado de charol y sin borlas, su magnífico baston de espino, su cuchillo de bolsillo, y una cartera con lapiz y plumas, para hacer estractos y cédulas literarias; hé aquí todo el ajuar del literato Gallardo. Sus obras literarias son varias, y tan poco conocidas y difíciles de encontrar, que muchos tenidos por literatos de tumbo y rumbo las ignoran. En todas ellas rebosa la sal ática, la sátira picante y la hermosura de la lengua castellana, como el primero y mas acabado de nuestros lengüistas, pues era don Bartolomé, el *tutor de la lengua castellana* (1), como oportunamente le apellidaba un sábio catedrático madrileño. Jamas consintió que se le retratase, y aunque en sus últimos años pensó en ello, no tuvo efecto su pensamiento, que era: ser retratado con un gaban de mangas perdidas ó montecristo, con un libro en la mano: y en una de sus hojas estos versos de Juvenal, que representan al vivo el carácter literario y político de Gallardo, que supo conocerse en dichos versos:

Acer, indomitus, libertatisque magister.

Sus obras son: *El soplon del diarista de Salamanca.—Higiene de Presavin. Conexion de la medicina y ciencias auxiliares. — Polémica con García Suelto.—Apología de los palos.—Diccionario crítico-burlesco.—Defensa del Diccionario.—Carta blanca.—Al zurriago zurribanda. — Cuatro palmetazos á los gaceteros de Bayona.—Letras de cambio.— Criticon. —Artículos de sordo-mudez.— Blanca flor.—A Zelinda.—Consejos á Felix sobre la predicacion.—Crítica del diccionario de Cean Bermudez.—El rimado de Palacio.— Teoría del asonante.—Zapatazo á Zapatilla.—Paz, órden y justicia.—Biblioteca de Cortes, etc.*, que entre todo podrán formar unos cuatro tomos, que fuera de desear se reimprimiesen, para beneficio y honra de la lengua castellana.

(1) Sin embargo, la *limpia*, *fija* y *esplendorosa* Academia española no tuvo por conveniente jamas admitir en su seno á este erudito y escelente filólogo.

GALLEGO (don Juan Nicasio), uno de nuestros primeros literatos del siglo anterior, y por consiguiente acérrimo defensor de los principios de Horacio y de Boileau, ó como si digéramos, del clasicismo puro, nació en Zamora á fines del año de 1777. Habia á la sazon en esta ciudad un tal Pelaez, buen profesor de latinidad y humanidades; bajo cuya direccion y cuando estuvo dispuesto para ello, emprendió Gallego estos estudios, que concluyó á la edad de trece años. Trasladado luego á Salamanca, cursó en aquella célebre universidad la filosofía, y los derechos civil y canónico, dando por terminados todos estos estudios el año de 1800. No era, sin embargo, la contemplacion de aquellas ciencias lo que mas abstraia el ánimo del jóven escolar, ni su estudio, al que se dedicaba con mas ahinco fuera de las horas de cátedra; encantado de las bellezas de Horacio y de Virgilio, solo con estos autores tenia don Juan Nicasio frecuente é íntimo trato. Verdad es que, hasta el momento de llegar á sus manos el *Parnaso Español* de don Juan Sedano, no habia visto nuestro poeta en ciernes, mas obras literarias que la Eneida y la Iliada, ni creia, por lo tanto, que hubiese otra poesía en el mundo, fuera de la de los antiguos romanos. Pero sea de esto lo que quiera, es lo cierto que, á la lectura de dicho Parnaso, á la que se aficionó estraordinariamente, se siguió luego la de los poetas modernos Iglesias y Melendez, al segun-

Biblioteca Nacional de España